

# Reconceptuación de las pérdidas inesperadas de hijos e hijas en progenitores<sup>6</sup>

**Nancy Viviana Lemos Ramírez**

Ph.D. con especialización en Psicología Clínica. Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico  
Correo electrónico: nancylemos@puopr.edu

**Ana Plaza Montero**

Ph.D. con especialización en Psicología Clínica. Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico  
Correo electrónico: ana\_plaza@puopr.edu

**Legna Vargas Batiz**

Ph.D. con especialización en Psicología Clínica. Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico  
Correo electrónico: legnavargas@yahoo.com

Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico (Puerto Rico)

Recibido: 14/11/2012  
Aceptado: 22/02/2013

## Resumen

La pérdida de seres significativos supone una serie de realidades históricas y socioculturales que albergan un cúmulo de implicaciones psicológicas. Siguiendo una perspectiva integradora, los seres humanos desde que nacen, se enfrentan a la pérdida, pues contrario a lo que se tiende a pensar, cada etapa de desarrollo alcanzada, implica atravesar procesos que han sido parte de su influjo de experiencias. La mayoría de los trabajos que abordan el tema en cuestión, se han decantado por remitirse a la experiencia de pérdida y muerte, respecto a las etapas de la pena en general (Engel, 1964; Kubler-Ross & Kessler, 2005; Lindemann, 1944). Sin embargo, son pocas las investigaciones que se centran en las vivencias que significan los seres humanos. La muerte de un ser querido, especialmente de un hijo o hija, de manera inesperada puede desembocar en serias alteraciones al percibir los cambios en roles y actividades que desempeñan día a día. Dichos aspectos propician dar una mirada que intenta re-conceptuar el sentido de la vida y los significados que construyen los progenitores ante el evento de la pérdida de hijos e hijas. Este proceso requirió hacer una revisión de literatura que abordara tanto las bases histórico-filosóficas como socio-culturales de la pérdida. Asimismo, se analizaron los planteamientos que han aportado a la concepción de las pérdidas inesperadas en el entorno puertorriqueño. Dentro de los objetivos previstos, también se tomaron en consideración los acercamientos psicoterapéuticos y sus implicaciones en los progenitores sobrevivientes. En el afán del quehacer psicológico por moverse en espacios más inclusivos, se percibe una apertura geográfica y teórica hacia el entendimiento de las diversas realidades que viven los sujetos. Vivencias que se significan a partir de los procesos personales acaecidos. La comprensión de las experiencias de los progenitores que han perdido a sus hijos e hijas, posibilita el afrontamiento de dicho suceso con dignidad y apoyo. Ciertamente, esto acentúa el derecho de todo ser humano a re-significar su vida, incluyendo los acontecimientos que se devienen con la muerte.

## Palabras clave

Pérdida inesperada, muerte, memoria histórica, duelo

6 Ensayo de Candidatura sometido al Colegio de Estudios Graduados en Ciencias de la Conducta y Asuntos de la Comunidad de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico para optar por el grado de Doctorado Ph.D. en Psicología Clínica.

Para citar este artículo: Lemos, N., Plaza, A., & Vargas, L. (2013). Reconceptuación de las pérdidas inesperadas de hijos e hijas en progenitores. *Informes Psicológicos*, 13(1). 91-116.

# Reconceptualization of the experience parents go through when losing a child

## Abstract

The loss of a child brings a series of historical and socio-cultural realities that amount to many psychological implications. Following an inclusion perspective, human beings are faced with loss since they are born, because contrary to popular belief, every stage of development reached, implies going through processes that have been part of a gathering of experiences. Most of the works dealing with the subject matter, have been stressed on the experience of loss and death, generally about the stages of grief (Engel, 1964; Kubler-Ross and Kessler, 2005; Lindemann, 1944). However, few investigations focus on the meaning of what human beings experience. The death of a loved one, especially a son or daughter, in an unexpected manner may lead to serious alterations and changes in everyday roles and activities. These aspects call for a closer look that tries to re-conceptualize the meaning of life and the meanings that the parents built in the event of the loss of sons and daughters. This process required a review of literature that would address both the historic-philosophical bases and the socio-cultural loss. At the same time, the approaches that have contributed to the conception of the unexpected losses in Puerto Rican families have been analyzed. To cover all the foreseen objectives, it was also taken into consideration the psychotherapeutic approaches and its implications for the surviving parents. In the eagerness of the psychological work to move into more inclusive spaces, there is a geographical and theoretical gap towards the understanding of the various situations that living subjects experience, experiences that carry a meaning depending on the personal events that occurred. The understanding of the experiences of parents, who have lost their sons and daughters, enables them to receive support and cope with this events with dignity. Certainly this emphasizes the right of all human beings to re-signify their lives, including death events.

## Keywords

Death, unexpected loss, mourning, tribute.

# Reconceituação das perdas inesperadas de crianças em pais

## Resumo

A perda de pessoas importantes é uma série de realidades históricas e socioculturais que abrigam um conjunto de implicações psicológicas. Seguindo uma perspectiva integradora, os seres humanos desde o nascimento, cara a perda, porque ao contrário do que tendemos a pensar, cada estágio de desenvolvimento alcançado, envolve a travessia de processos que fizeram parte de sua influência experiências. A maioria dos trabalhos que abordam o assunto em questão, optaram por se referir à experiência da perda e da morte, sobre as fases do luto em geral (Engel, 1964; Kubler-Ross e Kessler, 2005; Lindemann 1944). No entanto, poucas investigações que incidem sobre as experiências que significam seres humanos. A morte de um ente querido, especialmente uma criança, de forma inesperada pode levar a graves perturbações de perceber mudanças nos papéis e atividades realizadas diariamente. Estes aspectos são propícios para um olhar que tenta re- conceituar o significado da vida e os significados que os pais constroem antes do evento de perda de crianças. Isso exigiu uma revisão da literatura para abordar tanto as bases socioculturais como as histórico-filosóficas da perda. Além disso, as abordagens que têm contribuído para a concepção de perdas inesperadas no ambiente de Porto Rico foram analisados. Entre os alvos, também foram levadas em consideração as abordagens psicoterapêuticas e suas implicações no pais sobreviventes. Em um esforço para o trabalho psicológico se- mover em espaços mais inclusivos, abertura geográfica e teórica é percebida como compreender as diversas realidades que os sujeitos vivem. Experiências que se destinam a partir de processos pessoais ocorreu. Compreender as experiências de pais que perderam seus filhos, permite lidar com esse evento com dignidade e apoio. Certamente isso, enfatiza o direito de cada ser humano para re-significar sua vida, incluindo os eventos que se tornam com a morte

## Palavras chave

Perda inesperada, morte, memória histórica, de luto

## Introducción

A lo largo de la vida, los seres humanos vivencian en mayor o menor medida, el proceso de duelo por una pérdida. Es una experiencia inevitable, que puede acarrear el sufrimiento, pero también puede ser una oportunidad de concebirla como crecimiento. Sin embargo, sentimientos de impotencia no están exentos de aflorar ante dichos sucesos, muchas veces inesperados, como la muerte. Desde que las personas nacen, se enfrentan a la pérdida, pues contrario a lo que se tiende a pensar, cada etapa de desarrollo alcanzada, implica atravesar procesos que han sido parte del influjo de experiencias. Por tanto, la concepción de pérdida puede suponer un espectro que va desde lo físico o tangible hasta lo simbólico o psicosocial.

Las personas significan la pérdida en el contexto de la muerte desde lo subjetivo, como algo que es suyo y ya no está de manera palpable. Esta dimensión, supone que se genere la expresión manifiesta de una experiencia que puede describirse como dolorosa. Murray Parkes (2010) visualiza la muerte como la pérdida de ese cúmulo de asunciones acerca del mundo, que involucra a ese otro sujeto. Aspecto que propicia la construcción de espacios para el surgimiento de ejercicios metacognitivos, dirigidos a lo que está aconteciendo. Así, la persona que sobrevive, puede explicar lo sucedido y significarlo de acuerdo a su concepción de mundo. La muerte inesperada puede incrementar la dificultad de la experiencia, debido a que el sobreviviente no tiene tiempo de prepararse para la pérdida. Sin embargo, cabe cuestionarse si es posible que exista un período de preparación para afrontar dicho proceso.

El ser humano, en su haber, tiende a negar la finitud de los procesos, pues independientemente de las creencias particulares, toda forma tiene un continuo que va desde el nacimiento, desarrollo y fin. Es en el rechazo, que las personas optan por ensimismarse, recubriéndose de corazas que bloquean la mirada hacia este evento. Ciertamente, la naturaleza de los sujetos aboca hacia las relaciones y el establecimiento de vínculos. La unión de dichos componentes, supone un encuentro con la afectividad que se valora positiva o negativamente. Valor que se pondera tomando en consideración un conjunto de elementos racionales, emocionales y socio-culturales.

La pérdida de un ser querido, especialmente de un hijo o hija, mediante circunstancias catastróficas puede tener consecuencias psicológicas de gran envergadura. Estas consecuencias pueden desembocar en serias alteraciones respecto a la manera en que los dolientes perciben los cambios en roles y actividades que desempeñan día a día. Por lo que se requiere hacer una mirada introspectiva que re-conceptúe el sentido de la vida y de lo que en ella ha acontecido. Para esto, es necesario que los sobrevivientes expliquen el evento suscitado y lo incorporen a su aparato psíquico, con el propósito de otorgarle un significado.

Si bien la muerte de un ser significativo es un proceso difícil de afrontar, aquella que se suscita de manera inesperada incrementa la seriedad con la que es concebida. Cuando es un hijo quien muere, el dolor cobra intensidad y la proeza puede ser larga y latente. Shapiro (1994) concluye que aunque no se puede atacar completamente a la muerte, hay un consenso

en torno a que no se supone que los progenitores entierren a sus hijos e hijas. Por lo tanto, el orden normal y natural de los eventos se ve alterado, confluyendo entre sí, sentimientos de aislamiento, confusión y ansiedad. Esto repercute directamente en la imposibilidad de adoctrinar maneras cuadrículadas que expliquen la pérdida de un hijo o hija.

Consecuentemente, la pérdida de un hijo conduce al rompimiento masivo de las expectativas en torno al mundo. La concepción de vida adquiere otros matices, que apelan a la asunción de un cambio que se perpetúa, conjugándose entre el pasado y el futuro. Pill y Zabin (1997) exponen que cada figura parental debe encontrar su manera personal de atravesar el dolor, sentimiento que puede persistir por un largo período de tiempo.

Mientras la mayor parte de los trabajos se han decantado por remitirse a la experiencia de pérdida y muerte, respecto a las etapas de la pena en general, son escasas las investigaciones que se centran en las vivencias de progenitores que han perdido a sus hijos e hijas. Más escasa es la literatura que enmarca dichos sucesos desde un contexto de catastroficidad. Sin embargo, hay escritos que siguen una línea de trabajo en la cual, los sobrevivientes narran sus experiencias, otorgándole a dicho acto el significado de visión sanadora. Estos trabajos de auto-ayuda, con frecuencia, crean espacios para la disseminación de información que les permita aliviar la pena.

Re-conceptuar la pérdida de un ser querido conforma un espectro de visión contextual que abona a la formación profesional de las personas que se decantan por otorgarle voz propia a aquellos seres humanos que lo han afrontado y han

decidido expresarlo de manera vivencial. Por lo que este trabajo se concibe en la manera en que se pueda adentrar a los sentimientos que se apoderan de las personas, luego de experimentar la pérdida. Asimismo, se posibilita una visión holística que permita el abordaje dentro del encuadre terapéutico de manera sistémica, que responda a las necesidades de esta población, desde un enfoque bio-psico-social- espiritual.

La percepción de un evento de esta envergadura, ciertamente cobra notoriedad y relevancia de acuerdo al contexto social en el que se suscita, por lo que no se puede relegar la concepción histórico-cultural que se atañe a la significación del mismo. Para tener un acercamiento en torno al significado construido de la pérdida inesperada de un hijo o hija por parte de los progenitores, se realizará primeramente, una revisión de literatura que aborde tanto las bases histórico-filosóficas como socio-culturales del mismo. Asimismo, se analizará críticamente cada uno de los planteamientos que han abonado a la concepción que se tiene de las pérdidas inesperadas dentro del entorno puertorriqueño. Dicho análisis se fundamentará en las implicaciones que presentan a la psicología, como disciplina de encuentro humano. Esto, supondrá a su vez, dar una mirada crítica al quehacer psicoterapéutico; y contextualizar las aportaciones y limitaciones que se suscitan en este plano.

## Acercamiento histórico-filosófico de la pérdida

Atravesando la búsqueda incesante del significado que se atañe a lo vivido por un ser humano, se contempla dentro

de sí, su crecimiento y evolución. Sin embargo, los momentos de pérdida también suponen experiencias que abonan a la formación de una persona. Pues, tanto la acción de ganar como la de perder, son dos aspectos inherentes a la vida. Este lineamiento lleva a pensar que la persona es acreedora de nuevos hábitos, conocimientos y emociones, de igual manera, desde el nacimiento, pasa por diversas pérdidas. Concibiendo así, el concepto pérdida, no sólo como un objeto tangible, sino también, como una persona, idea o vínculo. Dichas atribuciones inherentes al ser humano se confluyen para traspasar el plano de lo concreto hasta llegar al contenido latente para significarlo.

La pérdida, contemplada como la ausencia física de un ser amado, es un aspecto que ha acarreado consigo diversas interpretaciones. En todas las épocas ha producido desconcierto, tanto al ser humano que vive en Oriente como al de Occidente (Weenolsen, 1988). Por lo que es posible aproximarse a ella, desde diferentes dimensiones, especialmente, tomando como referencia los problemas psicosociales que surgen a lo largo de la vida. Esto supone pensar que la pérdida, según exponen Uribe, Valderrama y López (2007) se conceptúa como aquello que destruye algún aspecto de la vida, cuyo resultado termina en la muerte de ese algo y en la consecuente recreación de otros aspectos. En la elaboración del discurso, el concepto de la muerte no puede estar ajeno de provocar fuertes pulsiones, que están mediadas por la historia que va entretejiendo un sujeto. A partir de este hecho coyuntural se construyen las actitudes y la filosofía que en definitiva se tiene respecto a ella.

La muerte se puede conceptualizar como una construcción que el ser humano ha ido desarrollando de diferentes maneras a lo largo de la historia. Dicho concepto, con el pasar del tiempo, ha variado, según las diferentes culturas y épocas. Si bien, en el seno de las culturas orientales, el temor a la muerte es aceptado y aun afianzado para facilitar el crecimiento psicológico del individuo en su entorno, en Occidente se soslaya su importancia propiciando un tabú general. Álvarez (2002) sostiene que uno de los principios de base que apoya el sistema budista es el carácter transitorio de los sujetos y el cambio constante del universo en su totalidad. Por lo que desde este acercamiento filosófico, la pérdida no es percibida como enemiga, sino como un aspecto indispensable de la vida.

Países en los que aflora una idiosincrasia materialista y una industrialización intensa, han decantado sus políticas restrictivas en torno a la muerte, enfatizando en sus consecuencias negativas. Sin embargo, en las sociedades occidentales, fuertemente influenciadas por la filosofía Platónica y la teología Agustiniense, la muerte, se ha considerado tradicionalmente, como la separación del alma y el cuerpo (López-Parra, 2009). Esta distinción y eventual separación entre el cuerpo, alma y el espíritu se ha hecho evidente a lo largo del desarrollo del pensamiento de las nuevas civilizaciones. El cuerpo responde a lo estrictamente somático, el alma a la connotación psicológica del ser y el espíritu, por su parte, a la esencia divina que habita entre estos dos.

Es evidente que a través de las diferentes épocas, tanto la expresión física como el significado de la muerte han evidenciado una multiplicidad de aproximaciones

que han intentado develar el trasfondo de una inquietud latente en la realidad humana. Ariés (2007) asegura que la humanidad ha atravesado cuatro momentos respecto a la concepción de la muerte: la domesticada, propia, ajena y la invertida o prohibida. La Edad Media estuvo fuertemente plagada por la influencia de la Iglesia Católica, por lo que el concepto de la muerte se entendió como un paso para acceder a la presencia de Dios. Estados de angustia e incertidumbre fueron superados por la promesa que se albergaba de un mejor estar en el más allá. No se puede obviar que en ese momento de la historia, las guerras y las pestes eran el común denominador, así que la cercanía de la muerte entre los habitantes del Medievo no generaba ansiedad.

Se crea un crisol unísono respecto a la concepción de la muerte domada (Ariés, 2007) que se sostiene en el siglo XII, como una sencilla, despojada de dramatismo y basada en su aceptación. Esta coexistencia que se suscitó entre los vivos y muertos, se dio a partir de que los cementerios comenzaron a ser un lugar de asilo, donde se construían casas, funcionando así, como un espacio de encuentro. Con el advenimiento del período Renacentista, el dogma de vida influenciado por la Iglesia Católica se fue debilitando. Por esta razón, las reflexiones de existencia se centraron sobre el individuo más no, sobre las verdades eternas. Esto deja entrever que el pensamiento predominante en aquel entonces se volcó hacia la realización individual, primando la capacidad humana para transformar la naturaleza. Hardy (2005) se hace eco de este planteamiento al exponer que en el siglo XVI la ciencia y la razón sustituyeron a la religión, ocupando el lugar que ésta

había ostentado como la principal institución intelectual de la sociedad moderna.

El escenario descrito propició que los seres humanos pasaran a ser considerados como máquinas sin alma, derribando a su paso sociedades en nombre de la felicidad material (Mejía-Rivera, 2008). Lo expuesto, sugiere que la conciencia de la propia muerte estimula el sentimiento de la fragilidad en la vida humana. Esto influye en el intenso ritmo vital del hombre y la mujer por permitirse vencer el miedo, lanzándose hacia una vida activa que impera el descubrimiento total de su entorno. Atravesando un continuo histórico, se pasó de la seguridad del rito colectivo bajo una presunción resignada hacia un discurso que afloró la inquietud personal de descubrir la muerte propia (Ariés, 2007).

La valentía que demostraron las personas en el Renacimiento se desvaneció en los umbrales de los siglos XVII y XVIII. Es entonces que la filosofía de vida que se plantea el ser humano se mina de ansiedad frente al pensamiento de su muerte. Como relata López-Parra (2001) el miedo se vio reflejado en el trabajo literario de aquella época; la muerte propia se negó y se desplazó su concepción hacia una vertiente ajena en el marco del lamento y dolor de los sobrevivientes. Siguiendo por los túneles del tiempo, la actitud que se sostiene con este constructo desde el siglo XIX hasta el presente, es una expresión inconsciente de una sensibilidad colectiva. Sensibilidad que apela a la negación de la muerte, escondida de la conciencia cultural de la modernidad. Dicho aspecto sirve de puente para entender la analogía de la represión a los moribundos, evitando pensar en la muerte como algo significativo para la vida. Pues, las

sociedades post-industriales han fungido como agentes inhibidores del dolor para impedir la irrupción del mismo al entorno del buen vivir.

El ser humano contemporáneo ha tenido que lidiar con otro hecho social, el estigma negativo de algunas enfermedades, entre éstas, el cáncer y el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA), ya que las significan como sinónimo de la muerte. Asimismo, las asumen como vergonzosas, metaforizándolas desde la maldad. Por otra parte, en la revisión literaria se contempla la presencia de escritos que apuntan a posturas más conciliadoras. Plaza Montero (2008) asume esta línea de trabajo y argumenta que el cáncer es valorado como una dolencia letal, sin embargo, esta característica adjudicada no priva que se elaboren discursos que resalten el equilibrio físico, psíquico, social y espiritual de un ente. En el fragor de las discusiones, la ciencia ha estado a merced del incesante anhelo de la conservación de la vida. En ese camino hacia la preservación y mejoramiento de la especie, se han logrado hallazgos como por ejemplo la fecundación *in vitro*, con la intención de albergar y perpetuar el encuentro de más seres humanos.

La figura de Freud (1915) afirmó que la actitud hacia la muerte es atravesada por la perturbación, por lo que se decide hacerla a un lado y eliminarla de la vida. Este planteamiento ciertamente, abona a la invisibilización de la muerte como constructo. A su vez, mantiene vigencia en la realidad construida colectivamente por la sociedad puertorriqueña. Pues, como establece Sánchez-Ayénde (2007) las actitudes que se generan son mayormente de evasión, rechazo y miedo. Sin embargo, cabe argumentar, que aunque

de manera inexorable se vive una cultura negadora de la muerte, también cohabita una concepción religiosa que responde a la idiosincrasia del país. Es desde esta postura, que se asume la muerte como el camino hacia otra vida de naturaleza espiritual. De la misma manera que en un espacio geográfico confluyen diferentes saberes que intentan explicar la realidad, asimismo, existen diversas formas de entender los fenómenos según las personas se mueven en el tiempo.

En la sociedad contemporánea, la gente joven se preocupa poco por la muerte y ocurre privadamente. A pesar del aumento en las muertes entre la juventud, continúa siendo conceptualizada como algo foráneo, distante y abstracto (Sánchez-Ayénde, 2007). Estas concepciones difieren de lo acontecido en las sociedades preindustriales, ya que la muerte era más frecuente durante la niñez y la adolescencia, pues, se pensaba en el fin de la vida con mayor frecuencia que hoy día. Sin embargo, es importante destacar que aunque predomina una visión de control sobre este tema, ha aflorado una postura respecto a su estudio formal y los procesos que se asocian a ella. Los avances tecnológicos tienen injerencia en los acontecimientos sociales de este momento histórico, por lo que cada día es más común que la muerte acceda a la intimidad de los hogares. En prácticas globalizadas, como los juegos de video, son los jóvenes los que fungen como agentes controladores de la vida y la muerte de aquellos personajes que aparecen a través de sus pantallas. Esta relación ficticia afecta la formación de sus actitudes y valores, de igual manera, se quebranta la capacidad para lidiar con los procesos asociados a la vida y la muerte.

Contrario a la concepción que asumen los jóvenes, los gerontes se alinean integrando la vida y la muerte como dos manifestaciones de una sola realidad. Esta visión posibilita que la muerte se conjugue y pase a revitalizar la vida. Esto ocurre ya que según se va envejeciendo, aumentan las posibilidades de tener experiencias concernientes a dicho tema. Sánchez-Salgado (2009) sostiene que por lo general, los adultos de edad avanzada han pasado por la muerte de sus padres y algunos de sus pares, y quizás el reto de mayor ajuste en esta etapa sea la pérdida del cónyuge o la pareja. Por tanto, se puede dar una interpretación de la proximidad de su propia muerte, según se adentran en la vejez.

La reducida evidencia científica que existe cuando se comparan las actitudes hacia la muerte entre diversas generaciones, indica que las personas de edad avanzada temen menos a este suceso y aceptan mejor dicha realidad (Carr et.al. 2000). Sin embargo, Wolinsky y Johnson (1992) sostienen en su investigación que las reacciones de duelo entre las personas mayores usualmente, son semejantes a lo que se encuentra en la población general. Lo que conlleva a contextualizar que todavía es prematuro asumir que la actitud hacia la muerte se altera o modifica según pasan los años, ya que las circunstancias sociales y las experiencias personales afectan el sistema de creencias y sentimientos de las personas.

Como se ha podido apreciar, las aproximaciones hacia la muerte han variado, dependiendo de las condiciones sociales, religiosas, políticas y culturales de cada momento. Con el pasar de los años, se han aunado voces con la intención de contribuir a un esfuerzo consciente de las

personas por entroncar con su pasado, valorándolo y tratándolo con especial respeto. Por lo que desde un aspecto histórico-filosófico se hace énfasis en recuperar la memoria de los acontecimientos que hacen parte del bagaje vivencial de los seres humanos.

La memoria histórica, según Pedreño (2004) apela a un movimiento socio-cultural que se genera a partir de la expresión de grupos humanos para dar a conocer la historia de las luchas de los pueblos con el objetivo de hacer justicia y recobrar derechos inalienables como la libertad, justicia y dignidad. Este movimiento ciertamente, puede confluir con el estudio del duelo ante pérdidas significativas inesperadas. La memoria histórica ha servido de referente para integrar aspectos culturales, humanos y políticos, en países que han atravesado la dureza de gobiernos dictatoriales, como fue el régimen de Franco en España (Fouche, 2006). La concepción de esta temática puede traspasarse a otros ámbitos que se asemejen a la realidad histórico-cultural puertorriqueña.

En Puerto Rico no se ha vivenciado un proceso político tirano, tampoco han emergido grupos beligerantes; pero, los problemas de orden público, como la criminalidad, sí son parte de la realidad social. Morán (2006) sostiene que los medios de comunicación asumen el rol de generar espacios para reportar la manera en que los jóvenes se adentran al consumo y venta de drogas psicoactivas; y a otras conductas de alto riesgo. Por lo que no es descabellado pensar que muchas de las familias que residen en el país, han experimentado la muerte flagelada, trágica e inesperada de seres conocidos o queridos como los hijos o hijas.



Desde el pleno derecho inalienable que los seres humanos tienen de recuperar la memoria de su historia vivida, es que advienen procesos de acompañamiento, tanto para los familiares como para las víctimas de hechos violentos e inesperados. Por lo que afloran deseos de encontrar justicia, reconocimiento, reparación y acompañamiento para así, desligar actitudes revanchistas (Lira, 2010). La promoción de estas acciones dignas, evocan las ansias de cerrar un ciclo doloroso y poder apreciar el futuro desde la asimilación de lo ocurrido. Estos procesos contribuyen a cerrar heridas y mejorar las condiciones de vida de familiares que han perdido seres significativos. Poder atravesar estos hechos, supone la disposición de escenarios más inclusivos para generar el rompimiento de tabúes sociales y políticos, aproximando la recuperación de la dignidad humana. En el marco socio-cultural es que ciertamente, se apela a la construcción de significados que responden a los procesos que acontecen, como es la pérdida de personas cercanas.

## Construcción socio-cultural del significado de la pérdida

El ser humano vive en mayor o menor grado enmarcado en un contexto social, en el que se nutre de valores y creencias, que enraizados a su propia cultura y experiencia, conforma lo que es su esencia. Dicha asunción permite establecer que la madeja de la vida está entretejida por un vasto número de hilos. Hilos que igualmente son portadores de un profundo y notable simbolismo, permitiendo la comunión antro-po-biológica al quehacer

humano. Este enfoque abarcador asoma una pincelada para preparar el terreno e intentar reconocer la pulsión dialéctica que se da entre la vida y la muerte. Caminos que van más allá de las meras palabras y que en definitiva, se adhieren a la persona en el significado que otorgan, tomando como referencia su propia narrativa de la realidad.

Una de las características de la vida es su caducidad, por lo que desde la certeza, el individuo está mediatizado por el tiempo de manera inexorable. Es en ese proceso, que se suman acontecimientos confluyendo entre sí, dibujados y construidos en un marco socio-cultural, caracterizado por una serie de eventos mutables que albergan como epicentro al ser humano. Ser humano que se sostiene en su propia singularidad sin desligarse del espacio geográfico que comparte con otras personas, cohabitando a su vez, diferentes realidades con sus implicaciones psicológicas. La muerte de una persona amada, expresada como pérdida, implica la ausencia interna del ser que se alberga en cada sujeto. Sin embargo, cada individuo reacciona a este suceso de una manera propia, pues dicha expresión manifiesta depende del significado que se le adjudique y de su habilidad para aceptarla y afrontarla. Este planteamiento se apoya en el trabajo vanguardista que ha ejecutado Neimeyer (2002) al sostener que la pérdida de una relación de apego íntima a causa de la muerte, supone un hondo desafío a la adaptación como seres humanos.

El impacto profundo y duradero que puede ocasionar la pérdida de significantes en la vida de los individuos y grupos sociales es una inapelable señal de la importancia del tema y del rol protagónico

que ha de cobrar su mirada. Por lo que se debe considerar que las pérdidas que se suscitan en un contexto inesperado y catastrófico, generan una penetrante aflicción entre sus dolientes. Esto implica la confrontación directa con el trauma, que lejos de estar en lo abstracto, se significa y operacionaliza de acuerdo a las creencias y actitudes del que sobrevive. Sin embargo, un aspecto medular que subyace en la pérdida traumática es la inhabilidad de las personas para integrar la experiencia a la realidad de la vida (van der Kolk, McFarlane, & Weisaeth, 2006). Trastocando de esta manera, no sólo aspectos cotidianos, sino que el evento se arraiga intensamente para aflorar emociones que generan una variedad de cambios fisiológicos, psicológicos y espirituales.

A medida que los seres humanos se desarrollan, toman conciencia que el conocimiento que adquieren, es impactado por las creencias culturales que incorporan de los diferentes grupos en que se desempeñan (familia, escuela, pares). No se nace con conciencia de la muerte, es en el trayecto de lo vivido que se adquiere una representación de lo que significa, sin embargo, a partir de la pérdida de un ser querido, el sentimiento y el dolor afloran como realidad. La manera en que se percibe la pérdida puede adquirir una mayor trascendencia si la misma se trata de un hijo o hija. Respecto a este planteamiento, Yoffe (2002) sostiene que la muerte de un hijo es un dolor profundo y difícil de resolver, debido a las fuertes reacciones emocionales que dicho suceso despierta y provoca en los progenitores. Este postulado contribuye a que socialmente, se estipule como norma que los hijos e hijas asuman el rol de dolientes. Por lo tanto, si los descendientes mueren primero,

se crearía la percepción de contrariar el orden natural del ciclo de la vida. Orden que a su vez, está mediado por las experiencias y demandas que imponen los actores en una sociedad.

Una mirada crítica respecto a la manera en que están organizadas las sociedades latinoamericanas, apela a un modelo patriarcal. La sociedad puertorriqueña no es la excepción en promulgar dicha concepción jerárquica (Arocho & Frambes, 2004) lo que apoya el desdoblamiento de apreciaciones estigmatizadas y señalizadas que dificultan aún más, la dureza de afrontar la pérdida de seres significativos. Grunnet-Alden (2008) sostiene que las mujeres miden su estima propia por medio de la calidad de sus relaciones. Esto supone pensar que es más común para la mujer que el proceso de la muerte estrechezca sus creencias sobre sí misma y su valor en el mundo. Ante lo expuesto, Álvarez-Ramírez (2009) señala que la ruptura de la relación entre los progenitores, especialmente las madres y el descendiente ausente, genere culpabilidad. Este planteamiento apoya los lineamientos sociales que permiten una mayor expresividad emocional a las mujeres, mientras que de acuerdo al rol que debe cumplir el hombre, se reprimen los sentimientos.

Hay que destacar que Puerto Rico merece especial atención en este asunto, ya que por su estatus colonial, requiere una sensibilidad cultural distinta a otros países que quizás, no han asimilado directamente el entramado de creencias hegemónicas norteamericanas. Esto, a su vez, provoca que emerja el rompimiento colectivo de las expectativas de vida, hasta el momento contempladas y la asunción de un duelo silencioso. El sentimiento de inadecuación que aflora

ante el evento acaecido, propicia que se generen diversas interpretaciones. En su obra, Mehren (1997) compara el proceso de perder un hijo con un reloj que debe ser reiniciado, pues es así, como el pasado y el futuro de esa persona cambian, enraizando al resto del sistema familiar.

De acuerdo a lo expuesto, las repercusiones de la muerte de un hijo o hija bajo circunstancias inesperadas, traspasan los niveles físicos, psicológicos, espirituales y sociales. Dicho aspecto, obliga considerar el abordaje de la misma, desde una concepción sistémica, durante el proceso de recuperación del doliente. De esa manera, se contempla no sólo el momento de la pérdida, sino también, después de que ocurre la misma, cuando la persona afronta su cotidianidad. Más aún, en el estilo de la sociedad actual, la cual se ha movido a merced de los avances tecnológicos, percibiéndose un intenso afán por dominar y controlar lo que acontece, incluso la muerte. Por lo tanto, el impacto psicosocial que se genera en el proceso de duelo es trascendental, lo que apoya a concebir una concepción holística, que sea sensible a los requerimientos de dicha población.

A lo largo de los procesos históricos, surgen diferentes posturas que intentan dar explicación a un fenómeno. El dolor que se suscita ante la pérdida de significantes no es la excepción, por lo que importantes figuras se han adentrado a teorizar acerca de las sensaciones que de este evento pueden emerger. Freud (1917) hace uso de la frase trabajo de duelo, para describir la reacción de un sujeto ante una pérdida significativa, sea ésta, real o simbólica. Con esta premisa deja entrever que se requiere de una tarea que emane desde el interior del ser

humano para que pueda desligarse del sujeto ausente, conservándolo como un proceso intrapsíquico. Por su parte, Klein (1940) sostiene que el proceso de elaboración del duelo significa reinstalar dentro de uno mismo a los seres queridos como un buen recuerdo. Bowlby (1996) sin embargo, se aleja de las posturas freudianas y desde su marco conceptual no considera el desprendimiento del sujeto perdido, pero tampoco ignora la realidad, al contemplar la aceptación de lo ocurrido.

Las posturas de los teóricos antes mencionados, provocan la inmersión a un análisis reflexivo de aquellos progenitores que viven a través de sus hijos e hijas. De esta manera, asumen las metas, sueños y expectativas futuras de sus significantes, como tuyas. Dicho aspecto contempla considerar que los progenitores afrontan la ausencia de su hijo o hija y su muerte propia. March-Mifsut y Gómez-Macal (2009) plantean que ante la pérdida del hijo, el interés por la vida y los planes trazados para el futuro son inciertos. El dolor generado ocurre no solo por la separación física, sino por la pérdida de importantes conexiones simbólicas que involucra el afloramiento de reacciones emocionales intensas. Emociones que pueden apelar a una transformación en la concepción propia del progenitor, el mundo y el contexto social en el que se desempeña.

Es relevante acotar que según Love (2009) la presencia afectiva de la persona ausente puede ser positiva para el deudo, permitiéndole mantener un sentimiento de identidad y confianza, que le posibilite reorganizar su vida. Murray Parkes (2010) señala que a través del imaginario, se puede tener un sentimiento de seguridad. Este planteamiento posibilita el análisis

de que el final del duelo no implica desprenderse de los recuerdos y afectos hacia la figura perdida. Ciertamente, el lazo de amor con la persona fallecida puede coexistir con la aparición de un nuevo vínculo afectivo. Es así, como el dolor de la pérdida se conjuga en el intercambio de mundos subjetivos, apartándose de un desarrollo meramente intrapsíquico. Rojas (2008) apoya lo antes expuesto al categorizar que en el proceso emerge una respuesta subjetiva con múltiples posibilidades de expresión. Sin embargo, este proceso, aunque individual y dinámico, presenta manifestaciones físicas, psicológicas y sociales (Brea, 2007).

La inmersión del apoyo social cobra relevancia al fungir de manera colaborativa en la protección de las sensaciones de vacío y desesperación que se asocian al evento de la pérdida. Desde el quehacer psicológico, es fundamental considerar las variables socio-culturales como los factores relevantes de expresión o inhibición de sentimientos en la elaboración de los duelos. En su investigación, Vachon y Stylianos (1988) argumentan que las personas con mayor capacidad para buscar apoyo social, mostraron un mejor manejo del proceso de la pérdida que aquellas que no lo solicitaron. De la misma manera, las personas que participaban de alguna actividad religiosa, se percibieron menos deprimidos. Sin embargo, ante la pérdida de la persona amada, el ser humano, se concibe usualmente, en su aspecto biológico, psicológico y sociocultural, más no en su dimensión espiritual. Esto es así, porque desde el paradigma positivista, tanto las creencias como la espiritualidad son descalificadas por carecer de una materialidad capaz de ser medida, observada y cuantificada. Yoffe (2002) sustenta que la ciencia occidental

moderna ha tenido en cuenta sólo el aspecto psicofísico del ser humano, ocupándose únicamente del cuidado del cuerpo y de la psiquis.

Estos planteamientos sugieren que la muerte ha sido vista bajo una concepción biologicista, restando importancia al dolor que se experimenta frente a la pérdida de un ser amado. A pesar de estas posturas simplistas, se están generando movimientos que apelan a ópticas de mayor inclusión y participación social. En años recientes, la Organización Mundial de la Salud (2004) ha enfatizado en considerar la dimensión espiritual del ser humano. Dicho acercamiento posibilita y respalda que las personas sean abordadas tomando en cuenta la parte biológica, psicológica, social, cultural y espiritual. Sin embargo, al dar una mirada retrospectiva por los cánones de la historia, se constata que la Psicología Transpersonal y propiamente la figura de Jung (1960) en las últimas décadas del siglo pasado, asumieron la espiritualidad como un aporte a la visión de la muerte. Este axioma sirve de cimiento para tambalear y atravesar la mirada materialista que inunda al empiricismo, que hoy día sigue acechando.

De acuerdo a lo expuesto, las personas se aferran a un sistema de creencias, que alberga sentimientos que les proporcionan mayor confianza y seguridad. Pero, debido a las cambiantes condiciones políticas y sociales, la disyunción entre los seres humanos se hace más latente. Los sistemas de gobierno que imperan en varios países latinoamericanos, promueven la perpetuación de esta práctica, ya que sectores de la población no sienten que tienen la posibilidad de seguridad ante los ataques y la violencia social que se suscita. El dolor ante la pérdida de seres

queridos en estos espacios sociales se agrava por la vivencia de vulnerabilidad y de exposición al daño. De igual manera, ante la muerte inesperada, se generan situaciones traumáticas y las capacidades adaptativas de los deudos disminuyen. Consecuente con este planteamiento, Fonnegra (2003) sostiene que la impotencia y el desamparo se apoderan de los dolientes, quienes significan dicha experiencia como catastrófica.

En la sociedad puertorriqueña, la violencia se ha incrementado, transcurridos los años, adueñándose de un importante espacio geográfico y social. Las estadísticas revelan que el aumento en el deceso de jóvenes es notable y el homicidio, es la primera causa de muerte en Puerto Rico en este sector de la población, (Organización Mundial de la Salud, 2006). Es relevante acotar que la muerte suscitada en etapas tempranas (adolescencia, adultez joven), se interpreta como una interrupción en el ciclo biológico de las personas, lo que provoca el afloramiento de una madeja de sentimientos. Este evento, como hecho de vida, es inevitable, sin embargo, es difícil aceptar que suceda precozmente. Su concepción es más complicada cuando ocurre con los hijos e hijas, ya que como sostienen Poles y Bousso (2008) es una situación que naturalmente no es pensada por la familia. Ciertamente, lo normal sería cumplir con el ciclo de vida adoctrinado e impuesto por el sistema de creencias que se asienta en el seno de una sociedad.

En el horizonte de vida, cada ser humano se encuentra con límites y posibilidades que configuran el significado de su relación con el mundo. Por lo que aquellos sucesos que resulten en una construcción polarizada y fragmentada

que dificulte el proceso normal de elaboración de sus narrativas vividas, se asume como un hecho traumático (Bottella, Herrero, & Pacheco, 1997). En un estudio (Jacinto, de Barros, & Pelloso, 2008) llevado a cabo con madres, cuyos hijos murieron en circunstancias violentas (homicidio por agresión, asfixia, arma de fuego), se cruzaron varias visiones desvelando a su vez, significados comunes que abonan a la comprensión de la esencia de este fenómeno subjetivo. Asimismo, los hechos violentos persisten en la memoria de cada madre como una muerte sin dignidad. Ese apego a la memoria del hijo ausente, puede deberse a la situación desesperante que atraviesa la madre, pero a la vez, puede significar la preservación viva de un vínculo saludable. Con esto, no necesariamente se niega lo acontecido, por el contrario, se demuestra la perpetuación de la profunda unión afectiva.

Por otra parte, Corredor (2002) llevó a cabo una investigación que se delimitó al duelo en familiares de víctimas de homicidio. La hipótesis de trabajo asumida, sostuvo que ante la ausencia de castigo al responsable por homicidio de la persona significativa, los deudos padecen un mayor número de síntomas agudos. Sin embargo, la misma no resultó válida, pues, no es claro que una sentencia condenatoria produzca siempre satisfacción, reduzca la ira o restaure una visión traumática del mundo. Ciertamente, estos resultados difieren del prototipo de la revisión bibliográfica, lo que podría deberse a los significados negativos que las personas elaboran acerca del proceso penal. Dichas concepciones están estrechamente relacionadas con la cultura puertorriqueña y su situación sociopolítica vigente.

La travesía del dolor puede aflorar por la irrevocable noticia de la pérdida de un ser querido, como consecuencia de un accidente automovilístico a causa de conductores bajo los efectos del alcohol. García (2006) quien atravesó por una situación similar al perder a su hijo, sostiene que paulatinamente ha forjado su propio camino, no hacia la recuperación, sino en dirección a la aceptación de lo acontecido, soy completamente feliz, porque aunque no tengo todo lo que quiero... quiero todo lo que tengo. Por otra parte, Borás (2006) sostiene que la muerte de un hijo por accidente, puede ser una oportunidad para que los progenitores sirvan a los demás con su ejemplo. Este acercamiento establece que es posible ir de la desolación a la acción, pues en Puerto Rico, han emergido fundaciones y asociaciones que acompañan a los progenitores sobrevivientes y demás familiares a transitar por el camino de la vida. El dictamen poco esperanzador ante diversas enfermedades en los hijos e hijas, es otro evento inesperado que también genera dolor en los progenitores, pues, surge la confrontación con la ansiedad, al encontrarse de cara a la muerte. Ante un hecho como el diagnóstico de cáncer en un hijo o hija, hay una amenaza que incide sobre lo que se considera valioso y significativo en la propia vida, la cual será marcada de alguna manera, por la concepción social asumida (De Castro, Donado, & Kruizen-ga, 2006).

La comprensión de las vivencias de los progenitores que han pasado por la muerte de sus hijos e hijas de forma inesperada contribuye al análisis crítico de la pérdida, posibilitando la confluencia entre la dignidad y el apoyo colectivo. Permite además, la construcción de espacios para el desarrollo de intervenciones

profesionales más adecuadas, para la escucha de narrativas de los deudos. A partir de lo expuesto, se desea acentuar el derecho de los seres humanos a re-significar su destino, incluyendo los acontecimientos que devienen con la muerte. A pesar del dolor, las personas tienen la posibilidad de hallar un nuevo significado a su existencia a partir de las experiencias. Este particular, se centra en la relación del progenitor con el hijo ausente, permitiéndose re-conceptuar sus valores enmarcados en la nueva situación vivida.

## Encuadre terapéutico ante la pérdida

El profundo impacto que la pérdida puede ocasionar en el entorno de los individuos y grupos sociales, es una característica que abona a la relevancia del tema en el quehacer psicológico. La concepción globalizada del mundo se ha sumado a perpetuar un discurso separatista y fracturado en el modo de entender la pérdida. La presencia de fuerzas en disyunción se polarizan al psicologizar y medicalizar dicho constructo, mientras que otras, la enmarcan de romanticismo y abordan como algo exótico (García & Rodríguez, 2007). Por tanto, personas que han perdido seres significativos, particularmente madres y padres que han atravesado la ausencia de sus hijos o hijas, se entroncan en procesos que confluyen lo social con lo individual. El advenimiento de sociedades cada vez más diversas y complejas, supone muchas veces, que los deudos se aferren a su mundo interior al percibir que no reciben apoyo efectivo de sus semejantes. Esto repercute en una dificultad aún mayor, para encontrar sentido a lo ocurrido, pues los significados sociales, en ocasiones, se reprimen.

Los espacios colectivos modernos se destacan en el predominio del silencio manifiesto, ahondando firmemente a la individualidad. En este punto coyuntural, la cultura debe adentrarse a fungir como eje facilitador en la reorganización de vivencias ante la pérdida de significantes. Asimismo, la atención a los dolientes, supone la consideración de un amplio espectro de intervenciones que aborden al ser humano desde una visión integral. Ante una perspectiva reduccionista, la resolución de la pérdida se concibe como el componente final en sobrevivir la muerte de un ser amado. Sin embargo, Worden (2005) plantea que la resolución no se refiere al punto final de la aflicción, sino al proceso mediante el cual, los individuos manejan las circunstancias de sus vidas, a medida que pasa el tiempo. Por lo tanto, la resolución de la pérdida de una figura cercana, posibilita un proceso psicosocial variado, durante el cual, la persona deberá enfrentarse a diferentes estresores que posiblemente, alteren su ecosistema habitual.

Como supuesto general de vida, los seres humanos experimentan temprano en su desarrollo o tardíamente, dolor emocional tras haber perdido a alguien o algo significativo. Dicho proceso psicológico, descrito como estresante, se acuña con el término de duelo (Barreto-Martín & Soler-Sáiz, 2004). Las pérdidas pueden provocar procesos de duelo de gran complejidad y extremo dolor. El escenario de los deudos, tiende a complicarse aún más, cuando las muertes se producen en situaciones que van contra la secuencia natural del ciclo de vida. De igual manera, este proceso cobra una mayor dificultad cuando no se llega a ver el cuerpo del muerto o no se tiene seguridad de su deceso. Por otra parte, un aspecto que

puede estremecer la forma de experimentar el evento, es bajo circunstancias en que el cadáver ha sido mutilado. Asimismo, la elaboración de un proceso de duelo se ve alterada por la forma en que los dolientes son informados de lo ocurrido o por la manera en que hallan vivenciado pérdidas anteriores.

El dolor emocional que se genera frente a situaciones de esta envergadura, está mediado por circunstancias psicosociales que inciden sobre las condiciones de vida de las personas. Se establece que entre las circunstancias de orden psicosocial, se destacan el apoyo o enajenación que asuma la sociedad y la manera en que se comunica la pérdida al entorno. Dichos sucesos que marcan la elaboración del duelo son atravesados por la personalidad del sujeto que afronta la pérdida. Igualmente, la fragmentación del vínculo construido con el ser perdido, acarrea la re-definición de nuevas relaciones y nuevos roles. Sin embargo, Fonnegra (2003) establece que en un proceso de duelo no es necesario cortar vínculos con quien se fue, sino más bien, redefinir la naturaleza de estos y su lugar en nuestras vidas.

Congruente con lo expuesto, las formas de elaborar los duelos y las transiciones psicosociales, advienen a ser componentes fundamentales que reflejan la adaptación de los sujetos al entorno social. Si bien, lo que desencadena un duelo en una persona, es siempre idiosincrásico de la misma, existen situaciones que prácticamente, en todos los seres humanos conlleva vivenciar el mismo. Por un lado, la elaboración normal del duelo, conduce a la reconstrucción del mundo interno, concebido previo a la pérdida. Pero, desde una visión adoctrinada, se

estipula que la pena se enmarca en un rito que impone la permanencia de la persona en duelo, desde el marco de su hogar, limitando y anulando cualquier tipo de diversión.

El duelo como pasaje de rito, tiene en su haber, respuestas a nivel fisiológico y emocional, es por eso, que también se apela a las alteraciones de los ritmos biológicos. Ante esto, Shapiro (2008) argumenta que los hombres y mujeres socializan de manera distinta, por lo que la forma de experimentar la aflicción de la pérdida, pudiera variar de acuerdo al concepto de socialización que profesan, más allá de los aspectos genéticos. Es así, como se le otorga mayor peso al apoyo que se genere, desde el entorno en el proceso de alivio ante la pérdida.

Como es sabido, una pérdida puede afectar un ecosistema completo (familia), por lo que se insta a que las personas involucradas se sometan a procesos psicoterapéuticos, tanto en la modalidad individual como familiar. Por tanto, se hace necesario reflexionar acerca de la importancia de realizar, por parte de los profesionales de ayuda, un abordaje social con los progenitores que pierden un hijo o una hija de forma inesperada. Beck (1975) esbozó la Terapia Cognitiva, un enfoque de atención en el que propuso que las perturbaciones psicológicas producen una distorsión en el pensamiento que influye directamente en el estado de ánimo y en las conductas de las personas. Dicho postulado apela a que a través de una evaluación realista y una modificación de los pensamientos, se facilita una mejoría que puede ser permanente si se cambian las creencias disfuncionales.

Desde la concepción cognitiva-conductual, Carmona y Bracho (2008) sostienen que se pretende modificar o cambiar patrones de pensamiento que contribuyan a los problemas del afligido. Este acercamiento terapéutico busca trabajar las distorsiones, pensamientos y creencias respecto a la muerte. De este modo, su objetivo persigue lograr un tránsito de mayor alivio por el dolor de la pérdida de su ser querido. Pérdida que supone en los progenitores momentos de desorganización y posteriormente, requiere que los roles que el hijo o hija ausente cumplía, sean reorganizados, para adaptarse a la nueva situación en su dinámica familiar y en su modo de vida.

De manera complementaria, el método de grupo permite el impacto de una mayor cantidad de personas que presentan una problemática similar. Corey (2009) argumenta que el acercamiento grupal genera apoyo e infunde esperanza, facilitando la satisfacción de necesidades especiales, como cambios en cuanto a pensamientos, sentimientos y conductas. La modalidad grupal para el manejo de muertes inesperadas es un recurso adecuado, ya que da la oportunidad a los participantes de hablar del fallecimiento de su hijo o hija, en un ambiente de confianza, donde el proceso de conocimiento y de conducta es revisado para modificarlo y transformarlo en uno más acorde con la realidad.

González (2006) plantea que el proceso grupal permite compartir sentimientos e ideas y potenciar la vivencia y la fuerza ideológica que influye en los participantes. Esta exposición abre la posibilidad de que después del impacto de la pérdida, la terapia les muestre una nueva forma de re-descubrir la vida. Ciertamente, se



potencializa la búsqueda de otras maneras para asumir el presente, a pesar de la ausencia de su ser querido. Por otra parte, los existencialistas como Yalom (1984) manifiestan que el ser humano puede enfrentar el miedo a la muerte, basándose en la creencia de un ser supremo y en la fe de que la persona que murió estará en los pensamientos y en la inmortalidad divina.

Desde el Existencialismo, se asume que las verdades de la vida humana, implican experiencias subjetivas. Es decir, se aboga por el alejamiento de posturas absolutistas, concediéndole la prerrogativa al individuo de darle forma a su propia existencia, a partir de su relación con sus características y experiencias. Por lo tanto, el enfoque existencial aplicado a la psicología, enfatiza en la comprensión de la experiencia del ser humano, desde su relación con el entorno. Se hace meritorio enfatizar en la necesidad de comprender la experiencia del progenitor que ha perdido de manera inesperada a un hijo o hija, puesto que es una persona y no un objeto. Esto implica comenzar a comprender su vivencia y el sentido que le adjudica a la misma. Dicha postura apela a la necesidad de que los profesionales de ayuda se preocupen más por comprender que por explicar las situaciones que encierra un individuo. Yalom (1984) propone que la psicología debe tratar de entender la estructura del ser humano y su experiencia, lo cual debe subyacer a toda técnica.

Por otra parte, el abordaje psicoterapéutico a progenitores que han atravesado la pérdida de hijos e hijas se puede hacer desde el Modelo de Sistematización. Dicho modelo profundiza en las experiencias prácticas concretas, lo que se relaciona con la acumulación de

conocimientos, a partir de lo suscitado dentro de la realidad social (Jara, 1994). Desde este acercamiento, se puede entender que la experiencia, como proceso social, es dinámica con un carácter complejo, en el que se interrelacionan una serie de factores objetivos y subjetivos. Se posibilita además, una construcción reflexiva de la experiencia, donde los participantes son protagonistas de su propio proceso. Es decir, se evoca la vivencia de la pérdida para aflorar el dolor y poner en práctica estrategias de apoyo durante el pasaje del duelo. Propiciar espacios de discusión y autoanálisis, ciertamente, apoya la consolidación de una fuerza impulsadora que intenta mejorar la vida del deudo y sus relaciones posteriores a la pérdida.

Siguiendo con los diferentes acercamientos terapéuticos que propician trabajar la pérdida, desde el Psicoanálisis, se conceptúa la presencia de grandes desviaciones respecto a la conducta normal, enfatizando en la tristeza, dolor y desinterés por el mundo externo (Falfani, 2009). Esta concepción supone entablar en riesgo la relación del sujeto con la realidad, pues se adentra en trabajar la aceptación de que el objeto no está presente. Freud (1915) postuló que el trabajo de duelo implica desligarse de una multitud de representaciones adheridas al objeto ausente. Por lo tanto, dentro del encuadre terapéutico se promueve que el progenitor sobreviviente pueda expresarse libremente. Dicho abordaje es necesario para que el sujeto pueda volver a recordar, pensar, representar y sentir a su hijo o hija desaparecida. Sin embargo, transcurrido el tiempo, el deudo puede enlazarse a otro objeto. Este planteamiento se alinea a conceptuar que la persona recordará cada vez con menos aprehensión

a su hijo o hija fallecida, de manera que pueda insertarse asertivamente a su entorno social.

Continuando con el recorrido a través de los cánones de la historia, las teorías tradicionales del duelo, han partido de razonamientos implícitos que consideran la muerte y la pérdida como una realidad objetiva. Desde esta concepción, se asume que existen etapas o fases universales en el proceso de recuperación (Engel, 1964; Kubler-Ross & Kessler, 2005; Lindemann, 1944). Asimismo, se le adjudica un rol pasivo al afligido y se patologiza la pena como anormal. Esto supone un interés por las reacciones emocionales, dejando a un lado los significados y las acciones; y enfatizando en la necesidad de recobrar el funcionamiento normal. De este modo, la aflicción se asume como una experiencia que le concierne únicamente al individuo aislado.

Por otra parte, los escenarios terapéuticos con visiones críticas, propulsan que se aborde el tema de la pérdida desde la elaboración de metas reales, anclándose propiamente, en la concepción de las personas afligidas. Por lo que se debe reconocer que el curso de la vida de la persona, luego de afrontar la pérdida, no será igual, si es que así lo manifiesta el individuo. Sin embargo, se debe legitimar un discurso en el cual se de-construyan y construyan nuevas formas de vivir. Contrario a lo que se tiende a pensar, el impacto que se genera frente a las circunstancias que rodean la pérdida ha sido poco estudiado (Wijngaards-De Meij et al., 2008). Esta concepción apela hacia un rezago coyuntural en las implicaciones del escenario clínico, dejando de manera alienada el encuadre de la psicoterapia.

La concepción terapéutica debe albergar la consideración de que los seres humanos busquen el significado de la pérdida en el proceso del duelo que le otorgue a su ser querido un sentido de continuidad con respecto a quien ha sido. Al mismo tiempo, se debe integrar la realidad de un mundo que ha cambiado en la concepción de quién debe ser en el presente. Neimeyer (2002) sostiene que al incorporar la realidad de los acontecimientos traumáticos al mundo de creencias del individuo, se le adjudica un significado personal que conduce a la transformación. Este planteamiento muestra la pérdida como una experiencia humana básica, aunque desde sus múltiples facetas, difícil de concretar en ocasiones.

Un acercamiento integrador para el entendimiento del dolor ha de acompañar la realidad individual de la pérdida, a la vez que da espacio para abordar al ser humano que se enfrenta activamente a los retos de la vida. De igual manera, se deben explorar las implicaciones de las diferentes respuestas, haciendo énfasis en los significados que dan forma a las acciones y las transformaciones del entorno. Es así, que las creencias se anclan en preconcepciones y no en verdades absolutas, por lo que el mundo del que se intenta dar cuenta permanece latente en los pensamientos de los seres humanos. El encuentro que se tenga con el otro, su sufrimiento y dolor, se enmarca en el fragor de luchas a favor de asunciones que posibiliten su entrecruzamiento. Por otra parte, puede representar la negación de creencias que restrinjan una implicación constructiva en la vida, tal como promulgan las visiones tradicionalistas, previamente abordadas.

Las narrativas de vida pasan a cumplir un rol esencial en el proceso de

elaboración de significados del individuo que ayudarán eventualmente, a fomentar su trabajo reflexivo. Sin embargo, las exigencias salubristas globalizadas han mostrado una limitada disposición a abrazar el dolor del deudo por un período de tiempo indefinido. Por lo tanto, se tiende a seguir el camino, intentando satisfacer las demandas de la realidad externa sin hacer caso del ritmo que marca el interior de cada individuo (Neimeyer, 2002). Ante estos aspectos Mascheroni y Scalozub (2008) sostienen que los deudos perciben a su ser significativo durante los primeros dos años después de la muerte, dicha manifestación les sirve de consuelo y les anima a seguir el rumbo de su propia vida, apartándose del dolor generado en el pasado. La percepción de la presencia del fallecido sugiere que es un aspecto relativamente común del proceso de duelo, en lugar de representar un indicio de psicosis o patología, como podrían sugerir anteriores teorías respecto al dolor emocional.

La muerte en vez de poner fin a las relaciones, las transforma, por lo que no parece tan necesario distanciarse de los recuerdos del ser querido, al contrario se pasa a una conexión simbólica. Simbolismo que se nutre de las narrativas de vida al compartir sus sentimientos e historias. Desde el encuadre terapéutico, es propio reconocer la omnipresencia de la experiencia de la pérdida en la vida humana, por lo que no es un fenómeno estático. De esta manera, se revela la realidad personal e individual de la pérdida, considerando al doliente como sujeto activo. Worden (2005) promueve abordar el duelo mediante tareas, ya que este término otorga responsabilidad al deudo en su proceso de recuperación. Para dicho autor, las tareas no deben seguir necesariamente un

orden específico, como sostienen las teorías tradicionales, al conceptualizar el duelo en el continuo de etapas o fases.

Neimeyer (2002) intenta abordar el duelo desde otro modelo, apoyado en la teoría constructivista, éste, enfatiza en la reconstrucción del significado ante una pérdida significativa. Esta postura sugiere que se reconozca la visión proactiva del ser humano, por lo que se teje un trabajo colaborativo al significar la realidad de su mundo. La pérdida, entonces, no es algo objetivo que se vive de igual manera para todos los seres humanos. El terapeuta, en su rol activo de acompañamiento, ha de mantener siempre el respeto por la multiplicidad de significados y la variabilidad de creencias, tanto en la muerte como en la elaboración del duelo. Esto responde a que es el propio individuo, el máximo conocedor de su vida y es ese ser humano, quien ha de reconstruirse tras la pérdida. Es imperativo que en el escenario terapéutico, los profesionales de ayuda adopten una postura de humildad, desligándose de su posición de experto. Asimismo, se debe colaborar en la formación de los significados que van desde lo biológico a lo psicológico, atravesando lo social, cultural y espiritual.

El dolor de una pérdida significativa como la de un hijo o hija, requiere que se le ventile a través del llanto, la despedida, la escritura y la búsqueda de un nuevo estilo de vida que haga trascender la relación a un plano diferente. Pues, la muerte es la finalización de una relación física, que puede suponer continuar una relación emocional. En la cotidianidad se tiende a vivir como si el universo tuviera un orden sencillo, predecible y controlado, pero realmente la vida no transcurre de esa manera. Con el devenir de

las distintas experiencias, se aprende que las expectativas y sueños pueden alterarse, trastocando el sistema de creencias y su idiosincrasia. Sin embargo, Gutierrez-Cuevas (2009) argumenta que significar la pérdida es un proceso personal que se va elaborando en medio de una concepción de mundo que ha sido desafiada.

El proceso que se adscribe posterior a la pérdida, propicia la creación de un marco de trabajo para apoyar a los deudos, puesto que en situaciones de dolor intenso se hace más palpable la necesidad de acompañamiento. La eventual superación del dolor no implica olvidar y para lograrlo, se debe permitir dar espacio y permiso de saber que es normal sentirse mal, triste y nostálgico por haber perdido al ser amado (Rivera, 2006). Es por eso, que la recuperación se concibe desde las propias circunstancias de la persona, en vez de que las mismas pasen a definir su entorno y su felicidad. En la búsqueda y eventual encuentro del significado de vida, se genera temor, pero también emerge la habilidad de disfrutar de aquellos recuerdos vividos con esa persona.

## Consideraciones finales

A lo largo de este escrito se ha pretendido tener un acercamiento con el significado que los progenitores han construido respecto a la pérdida inesperada de sus hijos. La concepción del trabajo contempló una revisión de literatura que tomó en consideración las bases histórico-filosóficas y socio-culturales de este constructo, así como las implicaciones dentro del quehacer psicoterapéutico. La curiosidad inquietante ante este tema, se transformó

en una necesidad imperiosa de la autora por adentrarse a las concepciones que los espacios sociales en comunión con sus actores, han generado en el continuo histórico.

La muerte, como pérdida, ha sido soslayada de la vida por el diario afán de sus protagonistas de defenderse de ella. Más aún, el miedo ante lo inexplicable y el dolor que acarrea, no solo ha empobrecido la existencia del individuo, sino también, las relaciones entre los seres humanos. Lo anterior resalta la importancia que tiene la conciencia de la muerte en la vida, puesto que actúa como catalizador capaz de mover los cimientos de las personas. Sin embargo, la visión contemporánea de la muerte es el resultado de la confluencia entre los procesos históricos y culturales, que han legitimado una construcción ideológica de la vivencia humana.

El entramado social, a su vez, ha sido el artífice de contemplar el reto de una tecnología salubrista, que impone a sus integrantes posturas hegemónicas en la toma de decisiones, calidad de vida y por consiguiente, en el proceso de morir. En el camino incesante por la búsqueda del significado que se adhiere a la vida de un ser humano, se encuentra que los momentos de pérdida también suponen experiencias que contribuyen a su transformación. Sin embargo, en la coexistencia con otras maneras de entender este fenómeno, es la cultura negadora de la muerte, que suele imponerse.

La manera de concebir este escrito, permitió abordar la pérdida inesperada, situación que es capaz de generar una penetrante aflicción entre sus dolientes. Ciertamente, esto implica una confrontación directa con el trauma, que cobra

mayor trascendencia cuando se trata de un hijo o hija. Puesto que socialmente, se ha estipulado que quienes tienen el derecho a asumir el rol de dolientes son los hijos. Comprender las vivencias de los progenitores que han atravesado la muerte de sus descendientes, implica que se posibilite la confluencia entre la dignidad y el apoyo colectivo. Esto acentúa el derecho de todo ser humano a re-significar su vida, incluyendo los acontecimientos que se devienen con la muerte.

Movimientos vanguardistas han ratificado el derecho inalienable que los seres humanos tienen de recuperar la memoria de su historia vivida. Es por eso, que promueven procesos de acompañamiento para los familiares que han pasado por la pérdida inesperada de sus seres significativos. Estas posturas evocan las ansias de cerrar un ciclo doloroso y poder apreciar el futuro desde la asimilación de lo ocurrido. En el encuadre terapéutico se debe considerar que los seres humanos puedan buscar el significado de la pérdida en el proceso del duelo. Esto implica que se apoderen de una explicación coherente que le otorgue a su ser querido un sentido de continuidad.

La aflicción se ha asumido como una experiencia que le concierne únicamente al individuo aislado. La disciplina de la psicología, por su parte, ha legitimado esta postura, al satisfacer las demandas de la realidad externa, minimizando su atención al ritmo que marca el interior de cada individuo. Sin embargo, en su rol activo de acompañamiento, ha de mantener el respeto por la multiplicidad de significados y la variabilidad de creencias, tanto en la muerte como en la elaboración del duelo. Este planteamiento aboga a la significación de la pérdida como un proceso

personal, que se va elaborando, en medio de una concepción de mundo que ha sido desafiada. Asimismo, la recuperación se va generando en las habilidades mostradas para disfrutar de aquellos recuerdos vividos con esa persona.

Los acercamientos psicoterapéuticos, proponen una serie de aspectos que deben ser seguidos de forma lineal. Sin embargo, desde lo social, el profesional de apoyo debe tener en cuenta que los procesos de las personas no son lineales. La pérdida de un ser querido es una de las situaciones más complejas y delicadas de la experiencia humana. Por lo que se hace meritorio entender que la pérdida forma parte del desarrollo personal, imprescindible en nuestra comprensión del mundo, crecimiento y evolución.

La muerte de un hijo o hija supone el surgimiento de un dolor profundo y difícil de resolver, debido a las fuertes reacciones emocionales que dicho suceso despierta y provoca en los progenitores. Situación que acarrearía el afloramiento de la culpabilidad entre los progenitores por la ruptura del lazo afectivo con sus descendientes. El dolor generado ocurre no solo por la separación física, sino por la pérdida de importantes conexiones simbólicas que involucra el desdoblamiento de reacciones emocionales. Emociones que apelan a una transformación en el progenitor y el contexto social en el que se desempeña.

Por otra parte, la conceptualización de la pérdida para los progenitores sobrevivientes puede ser positiva, manteniendo la presencia afectiva de la persona ausente. Dicho aspecto, les permite conservar un sentimiento de identidad y confianza que posibilite la reorganización de sus

vidas. Esta experiencia no implica el desprendimiento de los recuerdos y afectos hacia la figura perdida. El vínculo de amor con la persona fallecida puede coexistir con la aparición de nuevos canales afectivos. Ciertamente, los significados se van desarrollando y construyendo en el transcurso de los diálogos, logrando una interpretación que responda al espacio social donde se suscita el evento. Esto supone a su vez, una mirada crítica hacia fenómenos no tangibles e invisibles en la concepción natural, por lo que se insta a generar espacios que aborden de manera abarcadora dichos temas.

## R eferencias

- Álvarez, C. (2001). Las diferentes concepciones de la muerte en las principales culturas de la humanidad: origen de su significación en la sociedad actual. *Bioética y Bioderecho*, 7, 9-40.
- Álvarez-Ramírez, L. Y. (2009). Actitudes frente a la muerte en un grupo de adolescentes y adultos tempranos en la ciudad de Bucaramanga. *Aquichan*, 9 (2), 156-170.
- Ariés, P. (2007). *Morir en occidente: desde la edad media hasta nuestros días* (2nd ed.). Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Arocho, S., & Frambes, A. (2004). La mujer en Puerto Rico frente a una era global. *Revista de Ciencias Sociales Homines*, 23, 24-25.
- Barreto-Martín, M. P., & Soler-Sáiz, M. C. (2004). Apoyo psicológico en el sufrimiento causado por las pérdidas: el duelo. *Fundación Medicina y Humanidades Médicas*, 2, 139-150.
- Beck, A.T. (1975). *Cognitive therapy and the emotional disorders*. Pennsylvania: Universities Press.
- Borás, G. (2006). *Por el carril seguro del amor*. Puerto Rico: Periódico El Nuevo Día.
- Botella, L., Herrero, O., & Pacheco, M. (1997). *Pérdida y reconstrucción: una aproximación constructivista al análisis narrativo del duelo*. Blanquerna: Universitat Ramon Llull.
- Bowlby, J. (1996). *Attachment and loss: loss, sadness and depression*. New York: Basic Books.
- Brea, R. M. (2007). *El duelo: un camino hacia la transformación* (2nd ed.). Santo Domingo: Editora Amigo del Hogar.
- Carmona, Z., & Bracho, C. (2008). La muerte, el duelo y el equipo de salud. *Revista de Salud Pública*, 13, 28-36.
- Carr, D., House, J. S., Kessler, R. C., Nesse, R. H., Sonnega, J., & Wortman, C. (2000). Marital quality and psychological adjustment to widowhood among older adults: A longitudinal analysis. *Journal of Gerontology: Social Science*, 55, 197-207.
- Corey, G. (2009). *Theory and practice of counseling and psychotherapy* (8th ed.). California: Thomson Brooks.
- Corredor, A. M. (2002). Estudio cualitativo del duelo traumático de familiares de víctimas de homicidio según la presencia o ausencia de castigo legal. *Revista Colombiana de Psicología*, 11, 35-55.

- De Castro, A., Donado, C., & Kruiženga, S. (2006). Comprensión de la experiencia de ansiedad en padres ante el diagnóstico de cáncer de un hijo(a) según la psicología existencial. *Psicología desde el Caribe*, 16, 178-197.
- Engel, G. (1964). Grief and grieving. *American Journal of Nursing*, 64, 93-98.
- Falfani, L. (2009). Encrucijadas del duelo, descomposición y composición del fantasma, sus avatares en la clínica psicoanalítica. *Perspectivas en Psicología*, 6, 99-104.
- Fonnegra, I. (2003). *De cara a la muerte: cómo afrontar las penas, el dolor y la muerte para vivir plenamente*. Bogotá: Planeta.
- Fouce, J. G. (2006). Recuperación de la memoria histórica desde la psicología. *Revista Electrónica de Intervención Psicosocial y Psicología Comunitaria*, 1(2), 58-76.
- Freud, S. (1915). De guerra y muerte. *Obras Completas Vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1917). Duelo y melancolía. *Obras Completas Vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- García, A. M. & Rodríguez, M. (2007). En torno al duelo y sus significados. *Revista de la Sociedad Española e Internacional de Tanatología*, 10, 9-13.
- García, M. (30 de mayo de 2006). Mi experiencia con el dolor. Periódico El Nuevo Día.
- González-Calvo, V. (2006). *Trabajo social familiar e intervención en procesos de duelo con familias*. 6to Congreso de Escuelas Universitarias de Trabajo Social.
- Grunnet-Alden, V. (2008). *The meaning of her child's death: a mother's experience of grief* (Disertación doctoral publicada). Facultad del Instituto de Trabajo Social, Chicago, Illinois.
- Gutierrez-Cuevas, A. (2009). *Manejo de duelo en las madres y padres que pierden a su hijo o hija de forma inesperada* (Tesis de maestría publicada). Comisión de Estudios de Posgrado en Trabajo Social de la Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- Hardy, T. (2005). *Historia de la psicología: principales corrientes en el pensamiento psicológico* (6th ed.). Madrid: Pearson Education.
- Jacinto, A., de Barros, M., & Peloso, S. (2008). La muerte de un hijo joven en circunstancias violentas: comprendiendo la vivencia de la madre. *Revista Latinoamericana Enfermagem*, 16(3).
- Jara, O. (1994). *Para sistematizar experiencias*. San José: Alforja.
- Jung, C. G. (1960). *Psicología y religión*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Klein, M. (1940). *El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos*. Buenos Aires: Hormé.
- Kubler-Ross, E., & Kessler, D. (2005). *On grief and grieving: finding the meaning of grief through the five stages of loss*. New York: Scribner.
- Lindemann, E. (1944). Symptomatology and management of acute grief. *American Journal of Psychiatry*, 101, 141-148.

- Lira, M. H. (2010). Trauma, duelo y reparación. *Revista de Estudios Sociales*, 36, 14-28.
- López-Parra, H. J. (2001). *Adulter, vejez y muerte: una perspectiva psicoeducativa*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- López-Parra, H. J. (2009). De la cultura a las culturas de la muerte. *Revista de Psicología Social*, 17, 1-7.
- Love, A. W. (2007). Progress in understanding grief, complicated grief, and caring for bereaved. *Contemporary Nurse Journal*, 27(1), 73-83.
- March-Mifsut, A., & Gómez-Macal, G. (2009). Preparación para la muerte y celebración de la vida: apoyo emocional para familias con hijos enfermos del corazón en México. *Acta Pediátrica de México*, 30 (1), 31-35.
- Mascheroni, S., & Scalozub, C. T. (2008). Duelo y trauma: una peculiar situación de la clínica actual. *Psicoanálisis*, 30 (2-3), 307-320.
- Mehren, E. (1997). *After the darkest hour the sun will shine again: a parent's guide to coping with the loss of a child*. New York: Simon & Schuster.
- Mejía-Rivera, O. (2008). *La muerte y sus símbolos: muerte, tecnocracia y posmodernidad* (3rd ed.). Medellín: Universidad de Antioquia.
- Morán, R. E. (2006). *La criminalidad en Puerto Rico*. San Juan: Isla Nena.
- Murray Parkes, C. (2010). *Bereavement: Studies of grief in adult life* (4th ed.). England: Penguin Books.
- Neimeyer, R. (2002). *Aprender de la pérdida: Una guía para afrontar el duelo*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (2004). Informe Anual.
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (2006). Informe Anual.
- Pedreño, J. (2004). ¿Qué es la memoria histórica? *Revista Pueblos*, 12, 10-12.
- Pill, J. C., & Zabin, J. L. (1997). Lifelong legacy of early maternal loss. *Clinical Social Work Journal*, 20(2), 179-195.
- Plaza Montero, A. (2008). *La vivencia del duelo por pérdida corporal y las estrategias de afrontamiento en un grupo de mujeres mastectomizadas* (Disertación doctoral no publicada). Colegio de Estudios Graduados en Ciencias de la Conducta y Asuntos de la Comunidad de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, Ponce, Puerto Rico.
- Poles, K., & Bousso, R.S. (2008). Compartiendo el proceso de muerte con la familia. *Revista Latinoamericana Enfermagem*, 14(2), 207-213.
- Rivera, A. (30 de mayo de 2006). *Superar no implica olvidar*. Periódico El Nuevo Día.
- Rojas, S. (2008). *El manejo del duelo: Una nueva propuesta para un nuevo comienzo*. Bogotá: Editorial Norma S. A.
- Sánchez-Ayénde, M. (2007). *La muerte: Aspectos sociales y éticos contemporáneos*. San Juan: Plaza Mayor.



- Sánchez-Salgado, C. D. (2009). *Gerontología social* (3rd ed.). San Juan: Publicaciones Puertorriqueñas.
- Shapiro, E. R. (1994). *Grief as a family process: A developmental approach to clinical practice*. New York: The Guilford Press.
- Shapiro, E. R. (2008). Whose recovery, of what? Relationships and environments promoting grief and growth. *Death Studies*, 32, 40-58. doi: 10.1080/07481180701741277
- Uribe, A. F., Valderrama, L., & López, S. (2007). Actitud y miedo ante la muerte en adultos mayores. *Pensamiento Psicológico*, 3(8), 109-120.
- Vachon, M., & Stylianos, S. (1988). The role of social support in bereavement. *Journal of Social Issues*, 44(3), 175-190. doi: 10.1111/j.1540-4560.1988.tb02084.x
- Van der Kolk, B. A., McFarlane, A. C., & Weisaeth, L. (2006). *Traumatic stress: the effects of overwhelming experience on mind, body, and society* (2nd ed.). New York: The Guilford Press.
- Weenolsen, P. (1988). *Transcendence of loss over the life span*. New York: Hemisphere Publishing Corp.
- Wijngaards-De Meij, L., Stroebe, M., Stroebe, W., Schut, H., & Van Den Bout, J. (2008). The impact of circumstances surrounding the death of a child on parents' grief. *Death Studies*, 32, 237-252. doi: 10.1080/07481180701881263
- Wolinsky, F. D., & Johnson, R. J. (1992). Widowhood, health status, and the use of health services by older adults: A cross-sectional and prospective approach. *Journal of Gerontology*, 47(1), 8-16.
- Worden, J. W. (2005). *Grief counseling and grief therapy, a handbook for the mental health practitioner* (3rd ed.). New York: Routledge.
- Yalom, I. (1984). *Psicoterapia existencial*. Barcelona: Editorial Herder.
- Yoffe, L. (2002). El duelo por la muerte de un ser querido: creencias culturales y espirituales. *Revista Psicodebate Psicología, Cultura y Sociedad*, 3, 127-157.

